

El camino solitario del general Felipe Ángeles

Anna Ribera Carbó*

Adolfo Gilly, *Felipe Ángeles, el estratega*, México, Era, 2019, 800 pp.

Cuenta Adolfo Gilly, en su libro *Felipe Ángeles, el estratega*, la historia de un militar del antiguo régimen, metido a revolucionario, cuya trayectoria vital fue solitaria y trágica. Se trata de una obra colosal, de casi 800 páginas, que culmina una larga y tenaz investigación sobre el personaje y su tiempo. En 2005 Gilly, profesor e investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, convocó con Javier Garcíadiego, entonces director del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, a un coloquio en torno a la que Friederich Katz definió como una figura singular. Con los trabajos discutidos en la reunión, Gilly publicó en 2008 la obra colectiva *Felipe Ángeles en la Revolución*.¹ La

compilación incluye el capítulo: “¿Y de mis caballos, qué? Un incidente en la vida del general Felipe Ángeles”, escrito por Gilly. En éste, centra su atención en la actuación de Ángeles durante el gobierno de Francisco I. Madero, en el problema que significaba para un militar disciplinado tener que combatir contra los zapatistas con quienes simpatizaba y en la dificultad suicida de mantenerse leal al presidente en medio de generales levantiscos y golpistas. No es el primer escrito de Gilly sobre el general Ángeles. En 1991 escribió el prólogo al libro de Odile Guilpain Peuliard, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana*.² Este escrito, “Felipe Ángeles camina hacia la muerte”, lo usa Gilly para cerrar su biografía del general hi-

Conaculta / Era, 2008. En la obra participaron como autores Friedrich Katz, Felipe Ávila Espinosa, Javier Garcíadiego, Pedro Salmerón Sanginés, Odile Guilpain, Rubén Osorio y Luis Garfias Magaña.

² Se trata del texto “Felipe Ángeles camina hacia la muerte”, en el libro de Odile Guilpain Peuliard, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana*, México, FCE, 1991 [reeditado en 2020 por la misma casa editorial].

dalguense. En él aborda el desenlace de la vida de Ángeles y hace, entre otras cosas, una interesante reflexión sobre el “socialismo evolutivo” al que se adscribió al final de su vida. En 2010 publicó el texto “Felipe Ángeles: sueños de gloria, camino de solitario” en el volumen dedicado a Friedrich Katz, *Revolución y exilio en la historia de México. Del amor de un historiador a su patria adoptiva*,³ un voluminoso libro colectivo en el que Javier Garcíadiego y Emilio Kouri compilaron los trabajos presentados en tres seminarios organizados para homenajear al historiador austriaco, el primero en 2002 y los siguientes en 2007. Katz fue uno de los grandes animadores de la investigación de Gilly sobre Ángeles, quien se apoya de manera importante en su *Pancho Villa*.⁴ En este texto de homenaje aparecen resumidos los temas

³ Javier Garcíadiego y Emilio Kouri (comps.), *Revolución y exilio en la historia de México. Del amor de un historiador a su patria adoptiva: Homenaje a Friedrich Katz*, México, Era / El Colegio de México / Centro Katz de Estudios Mexicanos-The University of Chicago, 2010.

⁴ Friedrich Katz, *Pancho Villa*, 2 vols., México, Era, 2000.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

¹ Se trata de Adolfo Gilly (comp.), *Felipe Ángeles en la Revolución*, México,

y las reflexiones que de manera extensa aparecerán en *Felipe Ángeles, el estratega*, la rara historia de un militar de élite que se sumó a una revolución popular.

Adolfo Gilly insiste en todos esos textos en la soledad de Ángeles. Y es que a lo largo de su biografía destaca su dificultad para encajar en el conjunto, su presencia crítica y disidente que, paradójicamente, convive con su disciplina y lealtad de militar de carrera. En los últimos años del gobierno de Porfirio Díaz ya se había interpuesto en los negocios turbios de personajes conspicuos del régimen y del ejército como el general Manuel Mondragón, el general Rosalino Martínez y el poderoso político Rosendo Martínez. Además, en el artículo “Importante a la sociedad mexicana y a los oficiales del Ejército”, publicado en *El Diario* el 14 de abril de 1908, criticó a la Escuela Militar de Aspirantes, contraponiéndola al Colegio Militar de Chapultepec, del que llegaría a ser director en tiempos de Madero. El resultado fue un destierro en Francia, en marzo de 1909, dizque para que perfeccionara sus estudios en la Escuela de Aplicación de Fontainebleau y en la Escuela de Tiro de Mailly. Fue durante su estancia en la ciudad de Orleáns cuando estalló la revolución de 1910. El 24 de noviembre escribió a la Secretaría de Guerra y Marina diciendo: “Deseo compartir la amargura común y espero que se me llamará y se utilizarán mis servicios en el ejército con un mando de tropas” (p. 27).

Ángeles, amante de las matemáticas, del razonamiento abstracto, del “respeto absoluto y fanático de la verdad”, regresó a México hasta el 1 de enero de 1912, cuando este

país era ya muy distinto del que había dejado casi tres años atrás. Gilly analiza la irrupción popular desatada por el Plan de San Luis, la dimensión profunda de la revolución nortea y la de los surianos de Emiliano Zapata, que orilló a Madero a encontrar una solución pactada con el régimen de Díaz en mayo de 1911, solución que marcó “la distancia, desde allí hasta siempre, entre el maderismo de las instituciones establecidas y el maderismo de los pueblos en rebeldía” (p. 86). Una distancia que se profundizó entre el caudillo político y el jefe campesino de Morelos en los meses de agosto y septiembre a partir de un equívoco de fondo: “aquel pensaba en reformas en la relación entre las haciendas y los campesinos; éste hablaba de la propiedad efectiva de la tierra, del reparto agrario y de la libertad” (p. 128). Cuando Madero ocupó la presidencia en noviembre el equívoco se disolvió y cada uno quedó claramente en su lugar. Fue este país fracturado al que llegó Felipe Ángeles para hacerse cargo del Colegio Militar. La simpatía y la confianza entre el presidente y el general fueron inmediatas. Pertenecían a la misma generación, ambos habían estudiado en Francia y compartían convicciones democráticas.

En agosto de 1912 Madero relevó a Juvencio Robles de la lucha contra los zapatistas y puso en su lugar a Ángeles, en un intento de conseguir la pacificación del estado. Su actuación se guió, según el incomparable testimonio de Rosa E. King,⁵ por la compasión y la vo-

luntad de entender. Nuevamente, nos dice Gilly, el general insistía en nadar a contracorriente. Sus declaraciones de que “más que una campaña por medio de las armas” se necesitaba “entablarla por medio de la razón y la justicia” (p. 158), causaron revuelo entre los jefes federales que habían entrado a sangre y fuego al territorio de los zapatistas apenas unos meses antes. Evidentemente esas palabras no les cayeron muy bien. Su estrategia negociadora tampoco gustó a la tropa, a la que no le permitió saquear, robar o matar civiles, a diferencia de lo que ocurría con Huerta y con Robles.

Pero si en la campaña de Morelos la distancia de Ángeles con la mayor parte de los generales ya asomaba, su soledad en el ejército federal se manifestó de manera definitiva en las jornadas de la Decena Trágica. Adolfo Gilly publicó en 2013 el libro *Cada quien morirá por su lado*,⁶ en el que reconstruye las situaciones que culminaron en el doble golpe militar de febrero de 1913 contra el gobierno de Francisco I. Madero. En *Felipe Ángeles, el estratega* recupera esa investigación y pone la lupa en la actuación del general en medio de esas jornadas convulsas. El presidente lo fue a buscar a Cuernavaca y lo puso a las órdenes del general Ángel García Peña, de quien era superior jerárquico. No era la mejor de las condiciones para él. Menos aún en un ejército que quedó a las órdenes de Victoriano Huerta. Lo ubicaron frente al hotel Imperial en el Paseo

⁵ Rosa E. King, *Tempestad sobre México*, México, Conaculta, 1998.

⁶ Adolfo Gilly, *Cada quien morirá por su lado. Una historia militar de la Decena Trágica*, México, Era, 2013.

de la Reforma, con órdenes de no moverse de ahí. El lugar asignado y las municiones que recibió resultaban inoperantes e inofensivos para atacar a los alzados de la Ciudadela. Su sentido de la disciplina militar y la conciencia de su absurda situación lo ponían en una situación trágica. Una vez ejecutado el segundo golpe militar, el de Victoriano Huerta el día 19 de febrero, Madero, Pino Suárez y Ángeles estuvieron presos en la intendencia de Palacio Nacional. Los dos primeros murieron asesinados dos días después. Ángeles, por su parte, tras enfrentar cargos judiciales y salir exonerado, partió con su familia rumbo a Francia en julio de 1913.

Para el mes de noviembre, Ángeles ya estaba de vuelta en México, en Nogales, incorporándose a la revolución constitucionalista. El Primer Jefe Venustiano Carranza lo nombró subsecretario de Guerra. Este nombramiento lo dejó solo de nuevo, ahora en medio de los jefes militares de la División del Noroeste, que recelaban de su origen en el ejército federal. Como sostiene el autor, “estos jefes militares no podían dejar de temer lo que veían como la posible conjunción en la cúspide del gobierno constitucionalista de dos destacadas figuras del Antiguo Régimen: una política, Venustiano Carranza, y la otra militar, Felipe Ángeles” (p. 300). Su situación se volvió incómoda de nuevo. Por un lado, porque estaba confinado en un escritorio cuando lo que ansiaba era librar batallas a campo abierto. Por otro, mucho más importante, el velado enfrentamiento con Carranza, entre quién comandaba las armas y quién ejercía el poder. En

marzo de 1914 este cúmulo de tensiones se resolvió, cuando el Primer Jefe le dio instrucciones de sumarse a las fuerzas de la División de Norte en Chihuahua.

La unión con Villa, cuyo ejército venía de triunfar sobre las fuerzas federales en Torreón, en Ciudad Juárez, en Tierra Blanca y en Ojinaga, y que se dirigía entonces a una nueva toma de Torreón, lo colocaba en el centro mismo de la guerra, en el lugar donde desde 1913 se estaba jugando la suerte de la Revolución. Pero además constituía una mancuerna insólita, una combinación de personalidades y talentos, que acabaría por romperle el espinazo al ejército federal. Gilly destaca la “mezcla extraña de admiración y protección que el general de escuela fue sintiendo hacia Pancho Villa y sus generales, tan campesinos, improvisados y audaces” (pp. 364-365). Señala también como a este general, producto del Colegio Militar, teórico de la guerra, le habría repugnado la idea de disfrazarse de “plebeyo”. Ser él mismo era una muestra de respeto hacia aquellos con quienes convivía y hacia sí mismo (p. 370). Ya en su texto de 2010 Gilly planteaba que su pregunta focal desde que había empezado a perseguir a Ángeles era cómo había sido posible que se entendieran y se respetaran “dos personas en apariencia tan diferentes en formación y reacciones como Villa y Ángeles, y cómo pudo éste convivir y llevarse bien con los jefes campesinos de la División del Norte”. Nuestro autor marca su distancia con las interpretaciones que ven en Ángeles al “cerebro” de Villa y lo que destaca es “esa relación de iguales entre dos que se saben diferentes pero ninguno subalterno” (p. 461).

Juntos, Villa y Ángeles ocuparon Torreón, San Pedro de las Colonias, Paredón, Saltillo y finalmente Zacatecas. A lo largo de este itinerario militar que llevó a la derrota definitiva del ejército federal, la distancia con el Primer Jefe se fue ahondando. En primera instancia por las contradictorias y contrapuestas decisiones en materia de guerra, pero también en materia diplomática. La manera de enfrentar la ocupación estadounidense de Veracruz suscitó un debate entre ambos personajes. Ángeles confiaba en la “grandeza del presidente Wilson” y temía que el conflicto internacional “diera pretexto para legitimar el poder de Venustiano Carranza” (p. 423). El Primer Jefe, por su parte, asumía la representación de la nación frente a una invasión que lesionaba el derecho de todos los mexicanos y no solamente los intereses de Victoriano Huerta. La ruptura definitiva vendría a raíz de la negativa de Carranza a que la División del Norte participara en la toma de Zacatecas, y en la desobediencia de Villa y Ángeles, quienes se lanzaron a terminar con el ejército federal en junio de 1914. Unos días después Huerta renunció a la presidencia y se fue al exilio. Ángeles y Villa, sorprendentemente, no siguieron hacia la capital y se replegaron hacia el norte. Ángeles tuvo claro que esa decisión les hizo perder en la política lo que habían ganado en la guerra y que sus victorias militares habían preparado el triunfo político de Carranza y de Obregón. La División del Norte resolvió el triunfo de la Revolución en Zacatecas y dio paso al enfrentamiento entre la revolución política e institucional de Ve-

nustiano Carranza, y la revolución social y agraria de campesinos del norte y del sur, cuyo análisis hizo ya Gilly en *La Revolución interrumpida*, publicada originalmente en 1971.⁷

Vino un año después la derrota en las sucesivas batallas del Bajío en la primavera de 1915, cuando la División del Norte ya se había trasmutado en el Ejército Convencionista, “una dispersa confederación armada bajo el mando indiscutido e indiscutible de Francisco Villa, pero ya no una compacta máquina de guerra unificada en su cuerpo, su conducción y sus propósitos” (p. 686). La derrota no fue solamente militar, sino anímica. Dice Gilly que “una revolución no es sólo lo que sucede en las armas sino ante todo lo que sucede en las almas, las innumerables del pueblo, las contadas de los jefes” (p. 713). Para

este momento la División del Norte estaba derrotada en ambas esferas. Y ahí Ángeles y Villa se separan, “son dos mundos y dos educaciones de la práctica y de los sentimientos que en la ofensiva convergen y en la defensiva tienden a distanciarse” (p. 706). A partir de ese momento, Felipe Ángeles volverá a caminar solo, en el exilio en los Estados Unidos y luego de vuelta en México, hasta su ejecución en Chihuahua, el 26 de noviembre de 1919.

La biografía de Felipe Ángeles escrita por Adolfo Gilly se suma a sus otros grandes trabajos sobre la Revolución mexicana: *La Revolución interrumpida* y *El cardenismo, una utopía mexicana*.⁸ Culmina una larga investigación en torno al general y años de reflexión sobre la Revolución y las múltiples revoluciones que ésta contuvo, acerca de las

contradicciones entre las luchas políticas y las de carácter social, entre las dirigencias institucionales y los caudillos populares. En la obra de Gilly, en sus obras, se elucubra sobre la disciplina histórica como crítica o como discurso del poder y se elige como protagonistas principales a los oprimidos y subalternos del mundo rural. Como él mismo sostiene: “Es cuestión de conocimiento y de justicia considerar la historia a contrapelo, asumir sus antinomias y sus paradojas, revelar lo que está en negativo, hacer aparecer lo que está escrito en tinta invisible en los hechos de los subalternos, leer las líneas de las manos de los que viven por sus manos, rescatar enteras nuestra herencia y nuestras historias”. Ninguna historia más a contrapelo que la del general Felipe Ángeles.⁹

⁷ *La Revolución interrumpida*, México, Era (colección Problemas de México), 1994 [publicada originalmente por Ediciones El Caballito, 1971].

⁸ Véase *La Revolución interrumpida*, y *El cardenismo. Una utopía mexicana*, México, Era, 2001.

⁹ Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo. Una constelación*, México, Era, 2016, p. 134.